

# Guerra del Paraguay: los argentinos opinan de los brasileños

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO<sup>1</sup>

## Resumen

*El 1º de mayo de 1865, la Argentina, Brasil y el Uruguay firmaron el Tratado de la Triple Alianza, fuente de conflictos entre quienes lo suscribieron, y de acerbas críticas en la opinión pública de los respectivos países y del resto de América y Europa. No es propósito de este artículo considerar las dificultades que se registraron en el terreno aliado a través de una guerra mucho más larga y compleja de lo que esperaban los respectivos actores, ni realizar un análisis cronológico de ella, sino contemplar la visión que de sus aliados brasileños tenían los argentinos que convivían en los campamentos y en las ciudades ribereñas del Paraná durante los escasos períodos de licencia y, sobre todo, que actuaban en forma combinada en los campos de batalla.*

## Palabras clave

Guerra del Paraguay

<sup>1</sup> Academia Nacional de la Historia.

*Abstract*

*On 1 May 1865, Argentina, Brazil and Uruguay signed the Treaty of the Triple Alliance [Tratado de la Triple Alianza], a source of conflicts between those who signed it, and of harsh critiques in the public opinion of the respective countries and of the rest of America and Europe. Is not the purpose of this article to consider the difficulties that were registered in the allied area across a war much longer and more complex than expected by the respective actors, neither is to realize a chronological analysis of it, but to contemplate the vision that Argentines had of their Brazilian allies, who were coexisting in the camps and in the riverside cities of the Parana during the scanty periods of license and, especially, acting in combination in the battlefields.*

*Key words*

War of Paraguay.

La toma de dos pequeñas naves de la marina nacional, la *Guaqueguay* y la *25 de Mayo*, en el puerto de la ciudad de Corrientes, por parte de cinco buques de guerra paraguayos, el 13 de abril de 1865, y la ocupación de esa capital y otros puntos de la provincia a cargo de una columna al mando del general Wenceslao Robles, ocurrida a partir del día siguiente, introdujo violentamente a la Argentina en el conflicto bélico en que se hallaban envueltos Brasil, Uruguay y Paraguay. Mientras el gobernador Manuel Lagraña procuraba organizar la resistencia, y un gobierno adicto a los invasores ejecutaba medidas ordenadas por éstos, el presidente imponía en Buenos Aires las primeras disposiciones para repeler el ataque. La Argentina carecía de un ejército de línea en regla y de una armada que mereciese el nombre de tal. Por esa razón, debía convocar a la Guardia Nacional, es decir a “los ciudadanos en armas”, para que abandonasen sus actividades cotidianas y se incorporaran a unidades por lo general también comandadas por jefes y oficiales arrancados de la vida civil. Los cuerpos veteranos, compuestos por unos 6.000 efectivos, se hallaban diseminados en distintos puntos del país y en los fortines del desierto.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Cfr. Miguel Ángel De Marco, *La Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Ediciones Planeta, 1995, p 63.

La noticia de lo ocurrido provocó la entusiasta reacción de la juventud porteña y de algunas ciudades del interior del país, pero produjo fuertes resistencias en el resto de la República, donde determinados adversarios al gobierno consideraban preferible unirse a los paraguayos contra el presidente Bartolomé Mitre que combatir a su lado, mientras otros afirmaban que el verdadero enemigo no era quien había penetrado violentamente en el territorio nacional, sino el secular adversario brasileño.

El primer mandatario, que antes de la invasión se había manifestado renuente a entrar en guerra contra la opinión de varios de sus ministros que consideraban indispensable alejar del gobierno al dictador paraguayo Francisco Solano López, se puso de inmediato de acuerdo con Brasil y Uruguay para llegar a una coalición ofensivo-defensiva. El 1º de mayo de 1865, se firmó el *Tratado de la Triple Alianza*, fuente de conflictos entre quienes lo suscribieron, y de acerbas críticas en la opinión pública de los respectivos países y del resto de América y Europa.

El convenio otorgaba el mando supremo de las tropas terrestres al general Mitre, mientras las operaciones no se desarrollasen en territorio brasileño, y el de las fuerzas navales al almirante Joaquim Marques Lisboa, vizconde de Tamandaré, decisión que resultaba razonable pues el Imperio contaba con una marina moderna y poderosa. Mientras algunas fuerzas de línea argentinas comenzaron a operar contra los paraguayos en las costas del Paraná, Mitre estableció su cuartel general en el campamento de Ayuí, próximo a Concordia (junio de 1865).

La alianza con el Imperio, además de las reacciones que produjo, provocó dificultades y rispideces desde el punto de vista militar, que pusieron a prueba una vez más la proverbial paciencia del presidente argentino y demostraron sus cualidades de organizador. Desde los días de la Independencia, en que se conjugaron los esfuerzos de argentinos y chilenos a las órdenes del Libertador José de San Martín, la Argentina no había tenido otra experiencia de alianza militar para afrontar una guerra contra un adversario externo, si bien se había registrado la presencia de tropas extranjeras en las guerras civiles.

Como antecedente figuraba la presencia brasileña en la campaña contra Rosas, que culminó en Caseros (1852), pero ella fue restringida y

circumscripita en el tiempo. Esta vez había que conjugar la convivencia y los esfuerzos de muchos miles de hombres en un teatro de operaciones geográficamente complicado, con el agravante de que el enemigo al que debían enfrentar estaba preparado para la guerra e iba a operar, durante casi todo su desarrollo, en territorio propio.

No es propósito de este artículo considerar las dificultades que se registraron en el terreno aliado a través de una guerra mucho más larga y compleja de lo que esperaban los respectivos actores, ni realizar un análisis cronológico de ella, sino contemplar la visión que de sus aliados brasileños tenían los argentinos que convivían en los campamentos y en las ciudades ribereñas del Paraná durante los escasos períodos de licencia y, sobre todo, que actuaban en forma combinada en los campos de batalla.

Sabido es que la óptica de los oficiales subalternos y aun de los jefes, resultaba restringida y circumscripita al área que les tocaba cubrir. Unos y otros eran ajenos a las deliberaciones de los altos mandos y desconocían las razones de los movimientos tácticos y de las disposiciones de combate, como no fuesen demasiado evidentes.

En el caso de la Guerra del Paraguay, la frondosa imaginación de ese núcleo de hombres distinguidos, que en la vida civil eran profesionales o se preparaban para serlo; que en no pocos casos ejercían el periodismo y en algunos pesaban en la política de las respectivas provincias, daba lugar a interpretaciones no siempre acertadas pero sin duda de gran riqueza para reconstruir el panorama general. Escribían cartas a familiares y amigos –desgraciadamente no son muchos los epistolarios que se conservan–, tomaban apuntes en sus *carteras* y escribían correspondencias para los diarios de Buenos Aires y el interior, recogiendo versiones o expresando sus propias opiniones sin la menor autocensura y por ende sin pensar que brindaban, sin quererlo, valiosas informaciones a la “inteligencia” del oponente. Ciertos oficiales de línea también lo hacían.<sup>3</sup> Algo parecido ocurría entre los brasileños.<sup>4</sup> En el caso del pequeño Ejército Orien-

3 Cfr. *Corresponsales en acción. Crónicas de la guerra del Paraguay. “La Tribuna”, 1865-1866* [Recopilación de textos y estudio preliminar de Miguel Ángel De Marco], Buenos Aires, Librería Histórica, 2003.

4 Cfr. Francisco Doratioto, *Maldita guerra. Nueva historia de la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires,

tal, las cartas del coronel León de Pallejas en *El Pueblo*, son por demás significativas.<sup>5</sup>

### *Valor personal del soldado brasileño*

Si ninguno de los aliados ponía en duda el coraje indómito del soldado paraguayo, al punto de prodigar permanentes elogios a su espíritu de sacrificio y al valor con que se lanzaba contra el enemigo aun a sabiendas de que iba a morir, al principio los argentinos asumieron una actitud de superioridad y un tono de burla hacia sus aliados, a quienes tildaban de grandilocuentes, “fanfarrones” e incapaces de triunfar en las ofensivas. Pero luego, la observación de su conducta en combate les hizo confirmar sus cualidades de excelentes soldados. Como muestra de la despreciativa actitud inicial, cabe citar este párrafo de una carta dirigida el 13 de noviembre de 1865, desde la costa del Batel, por el capitán Domingo Fidel Sarmiento, hijo del entonces ministro plenipotenciario ante los Estados Unidos de América, a su amigo Baltasar Moreno:

Ayer a las seis de la mañana se celebró misa en el campamento, asistiendo a ella todo el ejército, incluso la vanguardia. Estábamos [dispuestos] en batalla por batallones en columna cerrada, formando una línea de 15 cuadras [...] En batalla formaríamos una legua larga de infantería, cuarenta cañones y cuatro buenos regimientos de caballería.

Nosotros solos nos bastamos, y solos nos honraríamos más: los orientales son muy carniceros, y los brasileños de mar y tierra muy cobardes.<sup>6</sup>

En cambio, era apreciada la conducta social de los soldados del Imperio, sobre todo en los bailes con que los respectivos ejércitos procuraban

Emecé Argentina, 2004, passim.

<sup>5</sup> *Diario de la campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay*, tomos I y II, Montevideo, Imprenta de “El Pueblo”, 1866; segunda edición (con prólogo de Eduardo Salterain Herrera), Montevideo, Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, 1960.

<sup>6</sup> El original obra en el archivo del doctor Isidoro J. Ruiz Moreno, quien en su momento me la facilitó para su copia, y se halla parcialmente reproducida en mi libro *La Guerra del Paraguay*, cit., p. 230.

paliar la dureza de la vida de campamento. Dice Ignacio H. Fotheringham, por entonces joven teniente de la Segunda División Buenos Aires:

Los brasileños eran un poco más meticulosos por la etiqueta, y más aficionados a guardar, siquiera algo de las formas sociales. Adonis pardos con la fornitura puesta, se hacían los suaves y seductores. Tenorios para servir a las bellas (¡ay!) arreglándoles las mantas sobre los cajones de ginebra vacíos que servían de mullido cojín, para sus formas de guerreras duras.

Para asegurar el orden o para evitar un nuevo rapto de las Sabinas, repartían medias cartas de naipes a damas y caballeros.

Al que le tocaba la mitad de la sota de oros, por ejemplo, tenía que buscar la feliz (o desgraciada) poseedora de la otra mitad para trenzarse en baile, de corte, lejos de ser celestial. Eran parcos en sus invitaciones para sus buenos amigos y aliados los argentinos, porque les tenían desconfianza por sus maneras algo agrandadas, pues no entendían de chicas, y miraban como *puros partes*, aquello de los medios naipes. Cada media naranja, debía buscar su media naranja y ¿qué tenía que venir a imponerles un Juan de afuera, la compañera que mejor le llenara el ojo para un gato o una milonga?

Pero con o sin invitación (¡qué falta de etiqueta!) estando francos los cuerpos y oyendo el ruido de acordeones o guitarras, se convidaban y hacían invasiones “*volens, no volens*”. Ni caso hacían de la disposición del medio naipé pues si la dama de su predilección no tenía la otra mitad del carnet *sui generis*, la convencía de que era *lo mesmo*, y la sacaba; y nada les desagradaba a estas hijas de Eva de las Amazonas, coreografiar con los Adanes del Plata.

Pero habían faltado a la consigna y se promovían reclamos y protestas y total, lamento decirlo, presencia de argentinos, bochinchas a la fija, y disolución de fiestas por huida de damas, y no pocas cabezas motosas, con el mate roto.<sup>7</sup>

El cruce a territorio paraguayo por Paso de la Patria (16 de abril de 1866) después de haberse producido la concentración del ejército aliado en las proximidades de la ciudad de Corrientes, puso en evidencia el valor de los cuerpos brasileños al mando del general Manuel Osorio, a

<sup>7</sup> *La vida de un soldado o reminiscencias de las fronteras*, tomo I, Buenos Aires, Guillermo Kraft, [1914], pp. 111-112. Hay otras ediciones: Buenos Aires, Círculo Militar, 1970; Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1988 (a cargo de Isidoro J. Ruiz Moreno).

quien nos referiremos más adelante. Las manifestaciones de los argentinos emparentaron, casi siempre, la encomiable conducta militar de los cuerpos del Imperio con los de su invicto jefe.

Sin embargo, el secretario del comandante de la pequeña escuadra argentina, Amancio Alcorta, se ocupó en forma expresa de los oficiales y soldados brasileños en una de sus correspondencias a *La Tribuna* con el seudónimo de El Corresponsal:

Nunca he escrito con más placer que hoy, que puedo hacer en parte justicia a nuestros aliados de tierra, por lo que hace mucho tiempo clamaba, sin entrar en todas esas grandes exageraciones que he visto propagar en diarios de esa, a hechos insignificantes sin consecuencia alguna, y que si se fuesen a examinar con una crítica severa, quedarían reducidos a una cantidad negativa. Pero dejemos que los aduladores de oficio hagan su papel borrando de una insípida plumada todos los grandes hechos de la historia, y ya que no se puede hacer justicia en contra de ciertos hechos, hagámosla a favor de otros que la merecen.

Luego de describir con lujo de detalle las operaciones de reconocimiento previas al cruce, que abarcaron varios encuentros armados de bastante intensidad entre tropas argentinas, brasileñas y uruguayas contra fuerzas paraguayas, El Corresponsal apunta, con respecto a las acciones del 10 de abril:

A las 4.15 de la mañana fuimos despertados por un fuego nutrido de fusilería en la isla que ocupa la batería brasileña, por lo que supusimos que los paraguayos pretendían tomarla, mucho más después de ver un cohete, y al rato dos, avisando el primero que el enemigo estaba en la isla, y los otros que eran batidos. En efecto, como 800 a 900 hombres en 50 canoas, poco más o menos, consiguieron acercarse, aprovechando la hora en que parece que el sueño es más pesado, a la isla, desembarcando con los gritos de ¡Viva el emperador!, ¡Viva la emperatriz! La guardia que estaba de avanzada fuera de las trincheras, al sentirlo hizo algunos disparos y se replegó pausadamente, llevando la alarma a toda la guarnición que estuvo pronta para el combate en el primer momento; pero los paraguayos, alentados por esta retirada, ata-

caron a los gritos de degüello a los cambá (negros), trabándose la lucha con un nutrido fuego de fusilería por una y otra parte, que les obligó a detenerse ante los muros de la batería sin poder adelantar un solo paso con pérdidas considerables.

El fuego siguió así con el mismo ardor hasta las 6.25, en que ya habiendo aclarado se pusieron en movimiento el *Enrique Martins* y otras dos cañoneras de igual clase consiguiendo rodear la isla y haciendo tiros a metralla que causaron la confusión más espantosa en el enemigo. Entonces las fuerzas brasileñas, saliendo fuera de las baterías, cargaron a la bayoneta obligando a los pocos que quedaban a embarcarse en sus canoas y emprender en desorden una desastrosa retirada.

Y aquí fue el epílogo más hermoso de la más espantosa derrota. Hacían fuego de Itapirú, del monte inmediato donde habían colocado algunos cañones de poco calibre, y de las cañoneras brasileñas. La metralla barría las canoas que iban en fila desde una punta a la otra, y estas vagaban a merced de la corriente pudiendo apenas darles dirección los pocos hombres que quedaban aun vivos. Después de un momento de esta confusión sólo se veían las canoas abandonadas sobre la costa, que apenas habían podido acercarlas huyendo desesperados al monte.

Tras destacar las consecuencias de la victoria para las futuras operaciones aliadas, Alcorta se refiere a uno de los episodios más conocidos de la historia militar brasileña:

La guarnición de la isla era, según voz general, como de 1.000 hombres de los Voluntarios de la Patria [brasileños].

Pero como no hay triunfo sin pérdidas que lamentar, el mismo día 10, aunque después del combate, tuvo la muerte del comandante de la isla, teniente coronel Carlos Villagrán Cabrita, y su secretario el mayor Fernandes Sampaio.

A las 2.00 de la tarde, después de haber dado un parte verbal de lo sucedido, se ocupaban ambos de redactar el parte oficial que debían pasar al señor mariscal Osorio, cuando una granada lanzada de la batería paraguaya reventó sobre ellos, hiriéndoles mortalmente.

Entonces el teniente coronel Cabrera hizo llamar a su segundo en la isla, y le impuso con todo valor de las instrucciones que tenía; y el mayor Fernandes Sampaio quería seguir redactando el parte, pero un momento después la muerte concluía con ellos, que habían sabido cumplir dignamente con su deber.

¡Unas cuantas horas antes, el teniente coronel Cabrera había sido hecho coronel por el mariscal Osorio en una orden del ejército!

¡Si hay alguna satisfacción más allá de la vida, ellos sin duda la deben tener, recibiendo la muerte después de llenar dignamente su deber, agregando una gloria a la bandera de su patria!

Así concluyó el día 10 de abril, en medio de las dianas de los ejércitos aliados sin excepción, que lejos de las preocupaciones mezquinas han sabido hacer, una vez que lo merecen, el honor debido a sus compañeros de fatigas.

El triunfo ha sido considerado como de todos, y todos lo han aplaudido, dando así una lección a los que desprecian las glorias de sus compañeros porque no han sido suyos, y las miran pasar con la mayor indiferencia.<sup>8</sup>

Por su parte, Baltasar, cuya identidad no hemos logrado establecer con certeza, manifestaba en el mismo diario:

Yo deploro que no haya cabido esta gloria al ejército argentino; pero encuentro justísimo y político el que el general Mitre haya dado preferencia a las tropas del Brasil en el pasaje del río, para que caiga por tierra, como ha sucedido ya, esa atmósfera desfavorable al crédito de los soldados brasileños que la morosidad de las operaciones de la escuadra y los trabajos de los enemigos de la situación habían conseguido hacer.

Los triunfos de la Isla y del paso del río, han levantado inmensamente la opinión aquí como en el ejército, a favor de nuestros dignos aliados, y hoy se les tributa la merecida justicia.

Era una reparación debida.<sup>9</sup>

8 Cfr. *Corresponsales en acción*, p. 161. A bordo del *Guardia Nacional*. Paso de la Patria, 13 de abril de 1866.

9 *Ibidem*, p. 166. Corrientes, 24 de abril de 1866.

El 24 de mayo de 1866, casi tres semanas después de la acción de Estero Bellaco, tuvo lugar la batalla de Tuyutí, la más sangrienta que se libró en América del Sur, donde el ejército paraguayo fue rechazado con enormes pérdidas. Jacobo Varela, oficial de la Guardia Nacional de Buenos Aires y hermano de los redactores de *La Tribuna*, luego de señalar con prosa escueta los episodios de valor protagonizados por los argentinos, diría de los soldados imperiales:

Los brasileños han llenado dignamente su deber, en particular algunos batallones que se han batido con heroísmo. Estos amigos y aliados tienen que lamentar la muerte del valiente comandante Galvao, que sucumbió al frente de sus soldados.

Está gravemente herido el brigadier Antonio Sampaio, el coronel Peixoto y el jefe del 11° de voluntarios cuyo nombre no recuerdo.

La conducta del general Osorio le ha valido elogios de todos. Se halla herido, aunque levemente.<sup>10</sup>

Mitre ordenó el ataque a las defensas de Sauce o Boquerón (17 y 18 de julio de 1866), durante el cual sufrieron grandes pérdidas, estimadas en 5.000 bajas, las fuerzas argentinas, brasileñas y orientales, y 2.000 las paraguayas, quienes supieron aprovechar la favorable disposición del terreno. A lo largo de aquellas jornadas, se registraron episodios de coraje por parte de todos los combatientes, que tuvieron entre sus bajas oficiales varios oficiales de alta graduación.

Los argentinos reconocieron el mérito de los cuerpos imperiales empeñados en el asalto de dichas posiciones. Domingo Fidel Sarmiento, que se había expresado con tanta dureza meses atrás, escribía ahora, con el seudónimo de Él:

Dueños ya los infantes brasileños de la primera posición enemiga, trataron de seguir adelante, tanto como lo permitía el espeso monte en que estaban, con trabajo y haciendo fuego siempre hacia él, de donde contestaba el enemigo completamente oculto. Llegamos a su reducto donde tenían una batería

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 177. Campo de la Victoria, 24 de mayo de 1866.

perfectamente establecida, la que intentamos tomar. Pero, vano esfuerzo: los enemigos se resistieron, trayendo allí fuerzas a sostenerla, la que defendieron perfectamente, hasta rechazar a nuestros aliados, que se encontraban con los inconvenientes materiales del terreno, pues el monte, como he dicho, es impenetrable. En esta difícil situación, tuvieron que retroceder sufriendo el fuego enemigo, hasta colocarse en la primera fortificación conquistada. Allí, trataron de sostenerse, comprendiendo que abandonarla era perder el sacrificio hecho. Los paraguayos creyeron desalojarlos, pero se engañaron. Los infantes, ayudados por el cañón, sostuvieron el punto como ellos el reducto momentos antes.

Los enemigos, para quienes importaba un triunfo la posición de ese punto, aglomeraron la mayor parte de sus fuerzas e hicieron todo esfuerzo por recuperarla. Pero locura, fueron rechazados.

Un fuego espantoso, el primero quizá oído en Sudamérica de tanta duración, que empezó a la diana, y ha cesado a las 10.00 de la noche, con sólo dos intervalos de media hora cada uno, es el que ha sido necesario para sostener la batería.

Francisco Seeber apunta que el general Polidoro [da Fonseca Quintanilha Jordão] se apersonó ante el generalísimo Mitre para decirle que su ejército estaba deshecho:

El general le observó que no era para tanto, pues muchos de sus soldados estaban en las carpas; así sucede con los brasileños; combaten hasta que se cansan o agotan sus municiones, entonces regresan tranquilos a sus carpas, comen un poco de farfiña, se proveen de municiones y vuelven al lugar del combate. En el fuego a pie firme los brasileños son insuperables.<sup>11</sup>

El fracaso de Boquerón se vio compensado en parte por la toma de Curuzú, el 2 de septiembre de 1866, a cargo de las tropas imperiales comandadas por el marqués barón de Porto Alegre, que puso a los ejércitos de la Triple Alianza frente a las trincheras de Curupaytí. Las demoras y

11 *Cartas sobre la guerra del Paraguay. 1865-1866*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1907, p. 135. Hay una edición más reciente, con introducción de Miguel Ángel De Marco: *Desde el frente de batalla. Cartas sobre la guerra del Paraguay. 1865-1866*, Buenos Aires, Librería Histórica, 2002.

las lluvias permitieron que el comando paraguayo, auxiliado por ingenieros de la talla del teniente coronel inglés Jorge Thompson, concluyeran las fortificaciones, tornándolas inaccesibles.

El asalto llevado por las fuerzas aliadas el 22 de septiembre de 1866, las cuales sufrieron una alta mortandad, contra un número casi exiguo de víctimas paraguayas, fue atribuido en el seno del Ejército Argentino y también por la opinión pública nacional, a la animadversión de los generales brasileños hacia el generalísimo aliado Bartolomé, y particularmente a la inoperancia y mala voluntad con respecto los argentinos del almirante Tamandaré, asunto del que nos ocuparemos luego.

El sacrificio de las tropas en sus repetidos intentos de superar las defensas, dio origen a una serie de episodios de valor que tuvieron por protagonistas desde los jefes a los últimos soldados de los ejércitos comprometidos en el estéril propósito de penetrar en fortificaciones consideradas inexpugnables.

Tras un largo período de inacción, en que las tropas aliadas estuvieron demoradas en el campamento de Tuyú Cué, la epidemia de cólera desatada en el Ejército y en las ciudades ribereñas del Paraná, hasta llegar a Buenos Aires, provocó entre sus múltiples víctimas la muerte del vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo, coronel doctor Marcos Paz, lo cual obligó al general Mitre a reasumir la primera magistratura.

Poco después el general Luís Alves de Lima e Silva, marqués de Caxias, obtuvo la jefatura de todas las tropas en operaciones en el Paraguay, y adoptó una serie de sensatas medidas organizativas, generalmente aceptadas por los mandos argentinos y orientales.

A partir de aquel momento, y a raíz de haber otorgado a sus propias tropas la responsabilidad de misiones importantes que eran retaceadas a las fuerzas argentinas, comenzó una etapa de protestas, que el general en jefe sólo atendió parcialmente, y se produjeron ostensibles dificultades en la vida cotidiana de los combatientes.

Los saqueos y otros graves excesos protagonizados por los brasileños en la toma de Asunción (5 de enero de 1869), de los que no participaron los argentinos, acampados en Villeta previsión de tales episodios por orden de su entonces comandante en jefe el general Emilio Mitre, y quien

había protestado con acritud ante Caxias, contribuyeron también a aumentar las asperezas. Después de Curupaytí habían regresado al país considerables efectivos para participar en el sofocamiento de la revolución de Cuyo (1867), por lo que quedaban en el ejército en operaciones algunos batallones de línea y de guardia nacional, que al retirarse el marqués del mando del ejército y ser reemplazado por el conde D'Eu, se sintieron objeto de las arbitrariedades que el yerno de don Pedro II prodigaba a sus propios hombres.

### *Manuel Osorio, el aliado querido*

El general Manuel Osorio, admirado y exaltado unánimemente por los componentes del Ejército Argentino, comandó las tropas imperiales durante varias etapas de la guerra del Paraguay. Fue sinónimo de valor, lealtad hacia sus aliados y generosidad para el adversario. No había concurrido a ningún instituto de formación castrense y su experiencia militar provenía de una prolongada permanencia en el ejército iniciada en los tiempos en que la actual República Oriental del Uruguay sufría la dominación portuguesa con el nombre de Provincia Cisplatina.

Poseía una inteligencia clara, hablaba con elocuencia y versificaba con cierta facilidad, circunstancia que tanto lo impulsaba a escribir poemas amorosos como a pronunciar arengas o brindis rimados. Anhelaba que sus hijos obtuvieran títulos universitarios y los desalentaba en su propósito de seguir la carrera de las armas que, insistía, sólo proporcionaba pobreza y fatigas.

Es curioso que con una mentalidad civil, fuera sin embargo un soldado tan cabal, firme en la aplicación de las reglas, incansable en la consecución de objetivos militares, impertérrito frente al peligro, certero en la adopción de decisiones tácticas y, a la vez, dueño de una capacidad de liderazgo que, paso a paso en su carrera, lo convertiría en un comandante admirado y respetado por sus subordinados.<sup>12</sup>

12 Cfr. Francisco Doratioto, *General Osorio. A espada liberal do Império*, San Pablo, Companhia Das

Apenas encontrados al iniciarse la campaña del Paraguay, el presidente de la República Argentina y comandante en jefe de sus ejércitos, Bartolomé Mitre, y el “general gaúcho” se sintieron unidos por una corriente de consideración y afecto. Compartían el desapego por los uniformes de gran gala, el placer de fumar cigarrillos, el culto a la poesía y el desprecio por el peligro. Por supuesto, ambos apreciaban el mate amargo compartido y los asados de campamento, casi siempre hechos por fuerza con carne magra. Generalmente coincidían sobre el modo de encarar las operaciones, cosa que no solía ocurrir con los demás comandantes del ejército y la marina del Imperio. De allí que mientras Osorio estuvo al frente de las tropas brasileñas, don Bartolo pudo contar con el apoyo o con las francas observaciones de su aliado. Cuando fue relevado, en julio de 1866, el capitán Domingo Fidel Sarmiento apuntó en *La Tribuna*:

Los orientales y argentinos entre quienes el general Osorio era querido por sus ideas liberales y respetado por su valor, que veían en él al verdadero aliado que vivía en perfecta armonía con el general en jefe, cuyos buenos resultados se traslucían de esta amistad y confianza que tenían entre sí, han visto con sentimiento su reemplazo.<sup>13</sup>

Poco antes, el ya citado Alcorta (El corresponsal), había exclamado al referirse al cruce a territorio paraguayo, el 16 de abril de 1866: “La bandera auriverde ha llenado esta vez la vanguardia, el mariscal Osorio ha sido el Cid de la jornada, y sus soldados brasileños se han cubierto de gloria”.<sup>14</sup>

Por su parte, Seeber, al referirse al combate de Estero Bellaco (2 de mayo de 1866), en el que un ataque de 5.000 adversarios en el momento en que el ejército aliado estaba ocupado en la carneada, lo puso en serio riesgo, expresa: “Los paraguayos fueron rechazados y cupo el éxito principal en la jornada al general Osorio, que hizo pelear bien a sus bra-

Letras, 2008, *passim*.

<sup>13</sup> *Corresponsales en acción...*, p. 211. Tuyutí, 19 de julio de 1866.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 167. A bordo del *Guardia Nacional*, Paso de la Patria, 20 de abril de 1866.

sileños, que son tan buenos como cualquier otro soldado cuando están bien mandados”.<sup>15</sup>

Con respecto al mismo combate, expresó el después general Garmendia en *Recuerdos de la Guerra del Paraguay*: “En esta crítica situación Osorio aparece en el campo de batalla: se ostenta repentino con el carácter jovial de Enrique V: el bravo riograndense no tiene otro”.<sup>16</sup>

Y al referirse a la batalla de Tuyutí, la más grande librada en América del Sur (24 de mayo de 1866), dice que el general brasileño:

“se arrojó a la pelea como si fuera un soldado”. Fue en esa circunstancia, agrega, que al ver que las tropas de su subordinado el general Argolho retrocedían, “ardoroso les gritó: ‘Bahianada, tres meses de soldo e cachaza. ¡Adiante!’”.<sup>17</sup>

Después de su retiro, se le encargó a Osorio que formase un nuevo ejército en Río Grande del Sur para enviarlo al frente de operaciones. Entonces, ya comandaba las huestes de la Alianza el marqués de Caxias. A pesar de sus dolencias físicas, Osorio volvió al Paraguay y fue recibido con entusiasmo. No resultó extraño verlo de nuevo en los puestos de mayor peligro en las operaciones que culminaron con la toma de la fortaleza de Humaitá y en los combates librados en el Chaco. El jefe del regimiento Córdoba, coronel Agustín Ángel Olmedo, escribía en Palmas, el 23 de noviembre de 1868:

Las fuerzas argentinas, las caballerías brasileñas y las infanterías que componen las fuerzas orientales también quedan en este punto a las órdenes del general Osorio (barón de Herval). Este orden está muy conforme con nuestros deseos, porque en el general Osorio, es el único al que tenemos fe, como verdadero valiente y de tino para dirigir sus ataques.<sup>18</sup>

15 Op. cit., p. 74.

16 *Campaña de Humaytá*, Buenos Aires, Peuser, 1901, p. 91.

17 *Ibidem*, p. 204.

18 *Guerra del Paraguay. Cuadernos de campaña (1867-1869)*, con introducción de Miguel Ángel De Marco, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia-Unión Académique Internationale, 2008, p. 334.

Diferentes y variadas expresiones de respeto se recogen con respecto a la última etapa de la guerra. Al asumir el mando supremo el conde D'Eu, las comparaciones entre las aptitudes militares y personales del príncipe consorte brasileño y las de Osorio fueron siempre favorables a este último.

Cuando concluyó la larga y cruenta lucha, Osorio ocupó cargos legislativos, fue ministro y líder del partido liberal, y siguió siendo, como señala Francisco Doratioto, "el militar más popular del Brasil". Desde su muerte, ocurrida en Río de Janeiro el 4 de octubre de 1879, se lo consideró por décadas el "patrono informal" del ejército su país, hasta que lentamente fue sustituido en el panteón castrense -y como consecuencia en el imaginario colectivo- por el duque de Caxias, miembro conspicuo del partido conservador y sobre todo representante de una escuela de soldados formada en institutos de enseñanza de su arma, además de fogueado como Osorio en los campos de batalla.

### *Tamandaré, el más execrado*

Si Osorio gozaba de tanto respeto entre los argentinos y uruguayos, el almirante Joaquim Marques Lisboa, vizconde de Tamandaré, contaba con la animadversión de éstos, a la par que con la casi unánime opinión desfavorable de la opinión pública. No era, tampoco, demasiado popular entre sus compatriotas.

Al comenzar la guerra contaba 57 años de edad. Había nacido, como Osorio, en Río Grande del Sur. En la guerra entre la Argentina y el Brasil (1825-1828), luchó contra la escuadra de Guillermo Brown y luego participó en luchas internas y externas como fiel servidor de la monarquía. Durante la campaña de Caseros comandó la escuadra imperial aliada a Urquiza, y en 1864 le tocó intervenir en la lucha que prelude la guerra de la Triple Alianza, cuando el Imperio, decidido a apoyar al general Venancio Flores, volcó el poderío de sus naves en favor del Partido Colorado, en su lucha contra el Partido Blanco en el Poder. La poderosa

escuadra al mando de Tamandaré redujo a ruinas la ciudad de Paysandú, que se había defendido heroicamente del asedio por tierra y por río.

Al vizconde, como comandante de la flota, le tocó poner fin al poderío naval paraguayo en la batalla del Riachuelo, cuando su subordinado el almirante Barroso deshizo a la escuadra de Francisco Solano López (11 de junio de 1865), en las proximidades de la ciudad de Corrientes. Mientras el general Mitre se trasladaba desde Concordia con dos unidades de infantería para poner sitio a Uruguayana, que había sido tomada por los paraguayos, la escuadra de Tamandaré se situaba frente a esa ciudad en el río Uruguay. Allí se produjo el primer conflicto serio entre argentinos y brasileños. Éstos se negaron a aceptar el comando de Mitre por entender que debía ejercerlo el emperador, ya que la ciudad se hallaba en territorio del Brasil. El generalísimo amenazó con repasar el río Uruguay, y el almirante Tamandaré con detener el cruce a cañonazos. Finalmente llegó don Pedro II, quien pronunció la célebre frase: “*Eu mando, você fará*”, que mantuvo a Mitre al frente de las operaciones. La ciudad capituló el 18 de septiembre de 1865, cuando los aliados se disponían a tomar la plaza por asalto. Tras dicha acción, precedida por la batalla de Yatay (17 de agosto de 1865), concluyó la presencia paraguaya en la costa del río Uruguay, y los ejércitos de Argentina, Brasil y Uruguay pudieron concentrarse sobre el Paraná para invadir el territorio enemigo.

En esa operación, la escuadra brasileña resultaba indispensable, puesto que los buques argentinos no podían ejecutar otras acciones que las de transporte. Tamandaré comenzó a moverse con una renuencia que sus propios subordinados calificaron con dureza y que los oficiales argentinos atribuyeron a una irreprimible mala voluntad hacia Mitre. Posteriormente, ya avanzada la Campaña del Cuadrilátero, cuyo principal objetivo era tomar las trincheras de Curupaytí, llave de la fortaleza de Humaitá y de la ciudad de Asunción, la impaciencia se vio manifestada sobre todo, a través de los corresponsales de *La Tribuna*, cuyas crónicas recogían otros órganos de Buenos Aires. El único que cuidaba sus manifestaciones para evitarle dificultades a Mitre con los aliados, era *Nación Argentina*, creado por inspiración de éste y empeñado en recoger noticias que consideraba imparciales aunque muchas veces no lo fuesen.

El 6 de julio de 1866, Jacobo Varela escribía desde Yataytí: “La escuadra permanece en su fondeadero; Dios le conserve con su santa calma al intrépido Tamandaré”.<sup>19</sup> Y dos días más tarde, apuntaba con cierto enojo:

De la escuadra brasileña no hay novedad particular, pues ya ni torpedo se siente, y el vizconde de Tamandaré está por aquí hace algunos días con el vapor Apa y dos o tres cañoneras. No se habla ya de ataque, ni de operación alguna combinada, y las esperanzas de tanto joven que quiere distinguirse se ven frustradas.

Aún no ha vuelto la expedición que fue a traer las fuerzas del barón de Porto Alegre; y se extraña su tardanza pues que ha pasado el tiempo suficiente para que estuviera de vuelta. Es la expedición de pies de plomo.<sup>20</sup>

Pero iba a ser Falstaff, es decir el mayor Lucio V. Mansilla, jefe del 12 de Infantería de línea, quien llevase una constante y por momentos despiadada carga sobre el marino brasileño:

Deseo que no me culpen desde ese punto de ligero por las noticias que les di de la separación del señor Tamandaré de la escuadra, que hasta hoy no se ha efectuado. Les diré que bien poco ha faltado para que suceda, pues si no hubiera convenido en atacar Curupaytí, cuando la reunión de los generales que representan a los aliados lo hubiese creído oportuno, habría tenido que responder a los cargos que resultasen en su contra, y su separación habría sido un hecho.

Pero ahora la inacción caerá con la venida de Porto Alegre, quien, según me informan, marchará a atacar la batería de Curupaytí por tierra, apoyado por la escuadra, que lo conducirá con una respetable fuerza hasta cierto punto donde hará su desembarco, y en combinación harán el ataque.

A la entrada del río Paraguay, en el punto que los paraguayos llaman El Cerrito, el señor vizconde de Tamandaré ha instalado una especie de arsenal, “con el objeto de reparar las averías que sus buques sufren en la lucha”, según dice él.

19 *Corresponsales en acción...*, p. 192.

20 *Ibidem*, p. 94.

Con este motivo, uno de los generales aliados dijo que reputaba inútil ese arsenal, “pues no creía que el señor vizconde tendría necesidad de reparar avería alguna”.

La crítica se comprende. ¿Es justa?

Por apasionados que sean los amigos del almirante brasileño –que son muy contados– no hay uno que pueda buenamente justificar su conducta, que desde el principio de la lucha es tan incomprensible como ridícula.

Afirmaba luego que hacía siete meses el vizconde había dicho “a todo el que lo quisiera oír”, que “el 25 de marzo, aniversario de la independencia de su patria [sic.]”, lo saludarían en el puerto de Asunción. Pero, pese al tiempo transcurrido, el comandante de la flota imperial, no había “hecho nada, absolutamente nada, pues las operaciones contra Itapirú provocaron entonces la indignación de cuantos presenciaron el combate de varios acorazados contra una chata y dos cañones mal montados en un pedazo de tierra, que por su insignificancia no merece ni el nombre de batería”:

Estamos ya a mediados de agosto y el señor vizconde sigue agitándose en brazos de la inactividad, mientras que la poderosa escuadra en cuya popa flamea la bandera auriverde, se mece blandamente sobre las tranquilas aguas de estos ríos, cuyo silencio era ya tiempo de interrumpir con el estruendo del cañón brasileño.

El espíritu de su oficialidad no puede ser mejor.

Las tripulaciones arden porque llegue el instante de la lucha.

Todos, todos, en una palabra, piden a gritos que se pelee, que se haga algo, que se salga de esa inacción enervadora, y que la escuadra comparta las glorias de sus compañeros. Pero hay uno que no cree así, que piensa de distinto modo, que lo ve de otra manera, y ese es el señor vizconde de Tamandaré.

Él dice que nada le importa la crítica que le están haciendo, y que ¡a su tiempo se justificará!

En este siglo en que no han faltado justificadores de oficio [...] bien sé yo que no ha de faltar quien trate de justificar la conducta del señor Tamandaré. Pero a los pueblos que conocen la verdad y han podido apreciarla, fría y descarnada, no ha de ser fácil alucinarlos con invenciones, sobre todo

cuando esos pueblos saben que el enemigo cargó sus cañones en Cuevas sin ser hostilizado, cuando saben que todo su ejército repasó el Paraná sin que un solo buque intentase impedirselo, cuando saben que hace cuatro meses está anunciando el ataque y toma de Curupaytí, operación que, a pesar de su poca importancia, no ha se ha emprendido todavía.

Falstaff refería luego que en una reunión realizada hacía poco en que se hallaban presentes los generales Mitre, Flores y Osorio, el coronel Pallejas y otras personas notables, el general Osorio le había dicho al vizconde que debía ser sumariado, tanto por el gasto inútil de sus bombardeos contra la batería de Itapirú, como por su conducta en calidad de jefe de la escuadra. “Desde entonces parece que empezó la hostilidad al bravo Osorio, que al fin ha sido separado del ejército de un modo que tan poco honra al que lo ha mandado relevar”.

Agregaba Falstaff que la noche anterior había estado “con nuestro viejo almirante, a bordo de su Guardia Nacional. Murature está desesperado por la inacción en que vive, anhelando el momento de batirse. ¡Pobre amigo, qué gran corazón tiene!”.<sup>21</sup>

Mansilla, cuyas crónicas Mitre toleraba, privilegiando la libertad de expresión por sobre elementales reglas de discreción y disciplina, volvería a la carga el 22 de agosto. Al relatar la realización de una nueva reunión de altos mandos en la que no se encontraban el generalísimo aliado ni Flores, expresaba que “a pesar de esto, se acordó un plan de ataque sobre el enemigo, plan que debía ser comunicado a uno y otro general”:

No tengo la facultad de revelarlo, aun cuando su resultado, si como lo espero se consigue, es acorralar al tirano de Humaitá.

Desgraciadamente, para la ejecución de este plan, se cuenta con Tamandaré, a quien en los cafés, las plazas y el campamento, llaman Mambrú.

En jornadas sucesivas, Falstaff lanzó hirientes dardos sobre el almirante aliado:

21 *Ibidem*, pp. 230-232. Itapirú, 10 de agosto de 1866. Conviene consignar que durante su breve presencia en el teatro de operaciones, Hector Varela también utilizó, como su amigo, el seudónimo de Falstaff.

En la última conferencia de generales se acordó que el día 2 se practicase un ataque o reconocimiento sobre Curupaytí.

Como esta operación está confiada a Tamandaré, me guardaré bien de asegurarles que tendrá lugar el día indicado.

Es tan poca la confianza que aquí se tiene en este hombre, y tan profundo el desprecio que inspira a sus propios compatriotas, que nadie tiene fe en lo que promete.

Sin embargo, parece que [el ministro plenipotenciario del emperador] Octaviano, lo ha empujado en un lenguaje algo positivo.<sup>22</sup>

Al aludir a los preparativos para la toma de Curuzú, apuntaba Mansilla:

Una de las cosas que nadie comprende, es la idea que ha tenido Tamandaré de establecer una batería en el Chaco, frente a Curupaytí.

Si no tuviese buques encorazados; si sus cañones no fuesen de un calibre mucho superior a los que tiene López, se comprendería el establecimiento de esa batería, para proteger el desembarco de los infantes; pero teniendo siete acorazados y una flota de primer orden, tanto por su material cuanto por su personal, no se comprende la idea del vizconde, si bien es cierto que a este buen señor se le ha puesto triunfar sin perder un hombre, ni exponer un buque.

¡Tales han sido sus palabras!<sup>23</sup>

El 30 de agosto se sumó a las críticas el capitán Sarmiento (Él):

Se han sucedido unos a otros los consejos de guerra de los generales aliados, al último asistió el señor Octaviano y también el vizconde de Tamandaré. Ha resultado bien poca cosa, pues a nada decisivo han podido arribar. De parte de quien está la culpa no es difícil conocer; la opinión del ejército señala al primero en poner obstáculos, al señor Tamandaré, por la criminal conducta que siempre ha observado. Dicen que él es el único que ha puesto inconvenientes.

22 Ibidem, p. 269. Itapirú, 28 de agosto de 1866.

23 Ibidem, p. 271. Corrientes, a bordo del vapor *Provedor*, 28 de agosto de 1866.

Fundados en qué, lo ignoro. Lo que sí sé, es que está fuera de dudas que el barón de Porto Alegre con su ejército queda formado en poder separado del ejército de tierra. Con el pretexto de la combinación para entrar en pelea, el general en jefe de los ejércitos aliados no podrá disponer de los 7.000 hombres que tiene ese ejército.

Si fuera para emprender pronto alguna operación nada sería, pero Tamandaré no es individuo que se aflige mucho por ver resuelto el problema en que él es el número quebrado. No obstante, dicen que pronto, que mañana tal vez, empiece el barón a embarcar su infantería.<sup>24</sup>

Para contraponer un ejemplo encomiable a la desidia que remarcaba en Tamandaré, subrayó Falstaff:

Nuestro distinguido amigo, el valiente Murature, ha pedido al vizconde de Tamandaré, que no lo deje en Itapirú, y que, aun cuando su buque sea una cáscara de nuez, lo haga participar del combate que se prepara. Ignoro lo que haya contestado el señor vizconde.<sup>25</sup>

Contra lo que el ejército aliado esperaba, el almirante no enfiló los cañones de su escuadra sobre las posiciones de Curupaytí. El bombardeo debía ir acompañado por el avance de las tropas, que no se realizó por un complejo de circunstancias que, posiblemente, indujeron a Tamandaré a esperar que completara la operación. Ello, aparte de la poca predisposición que manifestaba de aceptar las ideas del generalísimo Mitre, partidario de flanquear el formidable obstáculo para tomarlo tras un movimiento envolvente. El vizconde, como el resto de los generales brasileños, querían un ataque frontal, en el cual la escuadra debía jugar un papel predominante, derribando toda resistencia enemiga:

Creímos todos en el ejército, y aun en los mismos buques de la flota imperial, que al siguiente día de la toma de Curuzú, el señor vizconde de Tamandaré, dando cumplimiento a lo acordado definitivamente en la conferencia del 28 del pasado, habría seguido sin demora a batir la posición de Curupaytí.

24 *Ibidem*, p. 273. Tuyutí, 30 de agosto de 1866.

25 *Ibidem*, p. 276. Corrientes, 31 de agosto de 1866.

Más no ha sido así. Después de haber volado el acorazado *Río de Janeiro*, la escuadra se ha limitado a bombardear el campamento de López, siendo el fuego producido por ese bombardeo el que escuché yo en Corrientes al mismo tiempo de cerrar mi carta anterior, y el que nos hizo creer a todos en vista de los datos que teníamos que hace tres días se estaba dando la gran batalla. ¿Por qué no ha continuado subiendo la escuadra? ¿Por qué se ha detenido después de iniciadas sus operaciones sobre Curuzú?

Sería preciso que ya me hallase muy inmediato al vizconde de Tamandaré para conocer las razones que haya podido tener para obrar así, más debo suponer que el tristísimo siniestro que ha privado a su escuadra del concurso del Río Janeiro, no habrá influido en lo más mínimo en el ánimo del señor vizconde a contenerlo en la carrera de gloria que podría abrir a sus tripulaciones después del largo tiempo que las ha tenido sin otra ocupación que la de contemplar tranquilas las costas que tenían a uno y otro lado.<sup>26</sup>

En otro despacho del mismo día, aseguraba el corresponsal:

El señor Tamandaré había estado durante infinidad de meses preparando todos los elementos, para empezar las operaciones con éxito, según lo decía a cada momento.

Una vez pronto, ha estado repitiendo a todo el que ha querido oírlo, “que disparado el primer cañonazo sobre un fuerte paraguayo no se detendría hasta haber reducido a silencio los cañones de Humaitá”.

Verdad es, que las promesas del señor vizconde, poca o ninguna fe debían inspirar después de las infinitas veces que las había burlado; pero como ahora él ya no invocaba pretexto alguno, como todos le culpaban de la inacción matadora en que vegetaban los aliados, como se conocían las órdenes terminantes, venidas de la corte para acelerar las operaciones, como se sabe que este era uno de los principales motivos de la venida del señor Octaviano, se llegó a creer que, efectivamente, iniciadas las operaciones no se suspenderían, sino en presencia de uno de esos contrastes que hiciesen, a más de peligrosa, materialmente imposible su continuación.

¿Han sobrevenido esos obstáculos?

26 Ibidem, p. 271. Corrientes, 7 de septiembre de 1866.

¿Ha presentado el enemigo mayores medios o elementos de resistencia que los que ya se conocían?

¿Se han debilitado repentinamente, los muy poderosos que tiene a su disposición el ejército aliado?

Mentirá, el que se los pueda decir o escribir a ustedes.

El espíritu de los soldados de tierra es admirable. Argentinos, brasileños y orientales arden en el noble deseo de lanzarse a la pelea.

En la escuadra, igual entusiasmo, el mismo anhelo, una ambición idéntica en todos los jefes, oficiales y tripulaciones.

En cuanto al enemigo, tampoco hay novedad ninguna. Los medios de defensa que hoy tiene, son los mismos que se le conocen hace tiempo.

¿Cuál es, entonces, la causa real y verdadera de la nueva inacción en que se cae de repente, al día siguiente de obtener una victoria positiva, aunque sangrienta?

Finalmente se decidió que el ataque conjunto del ejército y la escuadra a Curupaytí se realizase el 17 de septiembre, pero una lluvia persistente obligó a los aliados a postergar el asalto. Mientras tanto, los paraguayos completaban el sistema defensivo.

El comandante de la flota imperial aseguró que destruiría las fortificaciones. Así lo dio a conocer a sus lectores el anónimo corresponsal Arthur:

El vizconde Tamandaré se ha comprometido a iniciar el ataque, poniéndose a tiro de metralla de la batería Curupaytí; el bombardeo será la señal. Una vez en poder de los aliados esta batería, se dirigirá a Humaitá y lo cañoneará sin cuidarse de los torpedos.<sup>27</sup>

Cuatro días después, la mayor parte del ejército aliado se preparaba para el ataque. Casi todos vislumbraban un fracaso y no pocos jefes y oficiales adoptaban decisiones de última voluntad, convencidos de que quedarían en las trincheras. El único optimista era Tamandaré, quien, en la reunión de altos mandos del 21 de septiembre, afirmó que destruiría

<sup>27</sup> *Ibidem*. Escuadra brasileña frente a Curuzú, 14 de septiembre de 1866.

“*tudo isso em duas horas*”, pero el bombardeo de los cañones de grueso calibre no hizo mella en las baterías paraguayas ni destruyeron los depósitos de municiones. Luego de dar la escuadra la señal de que había dañado suficientemente el objetivo, marcharon las columnas que, tras cuatro horas de denodados esfuerzos y elevadas pérdidas debieron retirarse al oír el fatídico toque del cuartel general. Como consecuencia de la denuncia de Mitre de que Tamandaré no había cumplido su misión, el ministro de Guerra del Brasil renunció, y fueron relevados el comandante en jefe de la escuadra, a quien reemplazó otro alto oficial naval, el almirante Joaquim José Inácio de Barros, más tarde vizconde de Inhaúma, como también el general barón de Porto Alegre y puesto al frente de las fuerzas brasileñas el marqués de Caxias.

Una vez producido el retiro de Tamandaré, que argumentó razones de salud, hubo múltiples expresiones de aprobación, y Falstaff cerró su campaña con estas manifestaciones:

No puedo ocultarles mi alegría.

Cuando se trabaja sin éxito la paciencia se agota.

Cuando hay éxito, el placer de obtenerlo recupera los disgustos de la lucha.

Es lo que ahora me sucede. Antes que nadie, inicié la oposición a Tamandaré.

El hacerlo me valió los disgustos que ustedes conocen, pues no faltaron amigos poco tolerantes que creyesen que yo le hacía la oposición por placer, por sistema, y aun quizá, ¡por interés!

El tiempo y los sucesos se han encargado de vengarme.

Los diarios que acabo de recibir de esa, me hacen saber las grandes novedades que, en alas de una tremenda sudestada, han venido de la corte.

Remoción de Tamandaré.

Remoción de Polidoro.

Nombramiento de Caxias.

¡Bravo!

¡Bravisimo!, al emperador.

¡Bravisimo!, a todos los que, incluso Falstaff, hayan contribuido a obtener estos cambios, tan significativos como importantes.

Las cosas no podían continuar como estaban el día de Curupaytí.  
Un cambio era indispensable.  
Don Pedro II lo ha comprendido y lo ha efectuado.<sup>28</sup>

Cabe consignar que, de regreso en su patria, el almirante fue considerado como uno de los más leales seguidores de don Pedro II, quien años más tarde le otorgó el título de marqués. Su actuación pública concluyó con la instauración de la República, a la que pretendió combatir con la armada sin ser autorizado, en 1889. Murió en 1897 y es considerado patrono de la Marina del Brasil.

\* \* \*

La buena relación entre los jefes y oficiales argentinos y brasileños que habían participado en la guerra del Paraguay, se mantuvo más allá de las vicisitudes en las relaciones entre los respectivos estados.

Todos capitalizaron aquella cruel y tremenda experiencia que enfrentó a cuatro naciones hermanas, y buscaron promover cambios que implicaran la profesionalización de las respectivas fuerzas armadas.

Por otro lado, no tardaron en ocupar cargos eminentes. Si el joven jefe del batallón *Catamarca*, Julio Argentino Roca, fue elegido pocos años más tarde, ya general, para desempeñar la presidencia de la Nación, el coronel Deodoro da Fonseca, devenido mariscal, fundó la República del Brasil, tras el derrocamiento del Imperio, y con el también ex combatiente Floriano Peixoto, fueron el primero y segundo presidente de ella.

La correspondencia sobre episodios de la campaña, la publicación de retratos y biografías en obras como el *Álbum de la Guerra del Paraguay*, el intercambio de medallas conmemorativas de la participación en el conflicto, fueron ocasiones de contacto entre quienes, maduros o jóvenes durante la prolongada brega, sufrieron vicisitudes y compartieron peligros, en lucha contra un adversario valiente y decidido. *é*

28 *Ibidem*, p. 342. Corrientes, 15 de noviembre de 1866.